

A EVANGELIZAR DE NUEVO

Jesús Azcárate



- I. Introducción**
- II. ¿Apóstol yo?... ¿Por qué no?**
- III. ¿Respetos humanos?... No, gracias**
- IV. Una historia en tres actos**
- V. ¿Catequesis?... Sí, por favor**
- VI. La gran tragedia de la historia**
- VII. María, Estrella de la Evangelización**

I. Introducción

La Iglesia es Pueblo de Dios en camino. Por algo, y no en vano, los primeros cristianos que siguieron a Cristo fueron llamados los "hombres del camino" (cfr. Hb 9, 2). La Iglesia, en su recorrido por las sendas de la historia, no deja de afirmar constantemente la presencia de Jesús de Nazaret, ya que en el camino de todo cristiano está presente el misterioso Peregrino de Emaús, que sigue acompañando a los suyos, iluminándolos con su Palabra esclarecedora y alimentándolos con su Cuerpo y Sangre, pan de vida eterna (Juan Pablo II, Discurso 19.VIII.1989).

En repetidas ocasiones, el Papa Juan Pablo II ha hecho un llamamiento para la realización de una tarea urgente y, a la vez, atractiva: la nueva evangelización de Europa, el viejo Continente.

El estado actual de Europa, en este inicio de milenio, es un clamor para el cual no podemos hacer oídos sordos. Nos encontramos inmersos en una sociedad que se está olvidando de Dios y de los valores morales, que pone el lucro como objetivo prioritario y único criterio inspirador de sus programas, olvidándose de la dignidad del hombre y de la moral cristiana.

Los signos de descristianización que se observan son patentes. El eclipse de Dios en la vida de los hombres, la ausencia de valores morales, ha favorecido el deterioro de la familia. Cada día son más numerosas las familias rotas por el aumento progresivo de las separaciones y divorcios. Existe una sistemática exclusión de la natalidad, con leyes que permiten el abominable crimen del aborto. Muchos ancianos padecen soledad, privados del calor familiar. Se ha difundido toda una cultura de muerte, contraria a la vida.

Multitud de jóvenes viven en un mundo oscurecido, privado de la luz de Cristo, que no ofrece a sus interrogantes otra respuesta que la evasión y el consumismo, y no pocos de ellos son víctimas de la droga, del alcohol, de la pornografía y de otras formas de consumismo degradante.

Estos signos del nuevo paganismo que observamos no pueden ser pretexto para una resignación conformista o un desaliento paralizador; al contrario, la Iglesia discierne en ellos la voz de Dios que nos llama a iluminar las conciencias con la luz del Evangelio (Juan Pablo II, Hom. 14.VI.93).

A mediados de la década de los ochenta del siglo XX, el que fue Obispo Prelado del Opus Dei, monseñor Álvaro del Portillo, escribía: –¿No os atrae la certeza de ser protagonistas –porque Dios lo quiere– de una segunda evangelización de Europa (...), con la hondura y capilaridad con que la llevaron a cabo nuestros primeros hermanos en la fe y los que marcharon tras sus pasos? Es preciso renovar las gestas de Pedro y Pablo, de Santiago, Patricio y Agustín, de Servacio, Wilibrordo y Bonifacio, de Cirilo y Metodios: de todos los evangelizadores que, a lo largo de los siglos, han surcado los caminos del viejo Continente (Carta Pastoral, 25.XII.85, Romana, n. 2, p. 81).

Al igual que Jesús llamó a los Apóstoles, también llama a los jóvenes de hoy. Cada uno de nosotros debe sentirse llamado por Dios. Él respeta nuestra libertad pero necesita, quiere necesitar, de personas que le ayuden en la tierra para hacer llegar la verdad de Cristo a todos los hombres en esta nueva evangelización. Medita en el silencio de tu oración: Dios me llama, Dios me envía.

Muchos jóvenes se encierran en sí mismos y no quieren oír la amable invitación de Jesús. Piensan que Cristo es una amenaza para su propia libertad, un estorbo en la ansiosa búsqueda de la felicidad. Y el Señor continúa llamando: Ven y sígueme. No tengas miedo. Sabemos que Él es el único camino para ser verdaderamente libres y plenamente felices.

Con el título *A evangelizar de nuevo* pretendo hacer eco a las palabras del Papa al pisar por cuarta vez nuestro país: –Vengo como peregrino de amor y esperanza, con el deseo de alentar el impulso evangelizador y apostólico de la Iglesia en España. Repetidas veces Juan Pablo II habla de un nuevo esfuerzo creador en la evangelización. Es lo que nos pide. Y hemos de hacer muy nuestros estos desvelos y preocupaciones del Papa; hemos de secundar con gozo sus directrices; y hemos de trabajar con más intensidad en los campos que –como Pastor supremo de la Iglesia– el Romano Pontífice señala a los cristianos (Álvaro del Portillo, Carta Pastoral, 25.XII.85, Romana, n. 2, p. 79).

II. ¿Apóstol yo?... ¿Por qué no?

Con sólo cuarenta misioneros

San Gregorio I Magno, antes de ser Papa era un simple monje. Estando en Roma, vio en un mercado de esclavos un grupo de jóvenes esbeltos, rubios y de ojos azules. Claramente se veía que no eran meridionales. Gregorio, impresionado por su aire de serena nobleza y dignidad, preguntó a qué tribu nórdica pertenecían y le respondieron que eran Angli, procedentes de Britania. Entonces el futuro Papa exclamó: Non angli sed angeli (No anglos, sino ángeles), y pensó ir a Britania, con un grupo de monjes, para evangelizarla y convertir a la fe de Cristo a los anglos.

No pudo poner en práctica su deseo, pues los Papas le encargaron otras misiones. Cuando fue elegido Papa envió a Agustín, Abad de San Andrés, su antiguo monasterio, al frente de treinta y nueve misioneros benedictinos a cristianizar a los anglosajones.

Los monjes fueron bien recibidos y consiguieron un gran número de conversiones. San Gregorio Magno envió nuevos refuerzos y en un tiempo relativamente corto la cristianización de Britania era una realidad. César –diría más tarde el historiador Gibbon (1737–1394)– necesitó seis legiones para conquistar Gran Bretaña. Gregorio lo consiguió con cuarenta monjes.

También en nuestros días un Papa está hablando de evangelizar, y pide de manera especial a los jóvenes que sean los heraldos, los profetas, los misioneros que proclamen hasta los confines de la tierra que sólo Jesucristo sigue ofreciendo a la humanidad la única esperanza verdadera y real.

Con celo profético, gritaba Juan Pablo II a miles de jóvenes reunidos en Denver (Estados Unidos): Ahora que se avecina un nuevo milenio, para el que toda la Iglesia está preparándose, el mundo es como un campo ya pronto para la cosecha. Cristo necesita obreros dispuestos a trabajar en su viña. Vosotros, jóvenes católicos del mundo, no lo defraudéis. En vuestras manos llevad la cruz de Cristo. En vuestros labios, las palabras de vida. En vuestro corazón, la gracia salvífica del Señor.

Valentía pidió el Vicario de Cristo a los jóvenes para que cumplieran la misión de anunciar el Evangelio: No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros Apóstoles que predicaban a Cristo y la buena nueva de la salvación en las plazas de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas. No es tiempo de avergonzarse del Evangelio. Es tiempo de predicarlo desde los terrados. No tengáis miedo de romper con los estilos de vida confortables y rutinarios, para aceptar el reto de dar a conocer a Cristo en la metrópoli moderna. Debéis ir a "los cruces de los caminos" e invitar a todos los que encontréis al banquete que Dios ha preparado para

su pueblo. No hay que esconder el Evangelio por miedo o indiferencia. No fue pensado para tenerlo escondido. Hay que ponerlo en el candelero, para que la gente pueda ver su luz y alabe a nuestro Padre celestial.

Un río envenenado

Hace años, la ciudad de Londres estaba bañada por un río muerto. En el Támesis no había vida, ni vegetal ni animal. Estaba totalmente contaminado, todo envenenado. Era un río de aguas muertas. Entonces, los responsables de Londres tomaron una decisión, que para muchos era utópica: Sanear el Támesis, darle vida.

Y lo sanearon en un tiempo relativamente breve. Valió la pena. Ahora hay vida en el Támesis, con muchas especies nuevas de peces.

Cuando los hombres se empeñan...

También un hombre, en el siglo XVII, se empeñó en una empresa hartamente ardua: convertir una región calvinista al Catolicismo.

San Francisco de Sales, antes de ser nombrado obispo de Ginebra, fue a misionar una región donde todos los habitantes, a excepción de muy pocos, eran calvinistas. Al cabo de cierto tiempo pudo escribir al Papa Clemente VIII: –Cuando llegué aquí apenas si se podían contar cien católicos en todas las parroquias reunidas. Hoy, apenas se pueden contar cien herejes.

Con la gracia podemos cristianizar de nuevo a Europa y al mundo entero.

En una ocasión, el Papa Pablo VI dijo: Por encima de todo necesitamos santos. Mirando al estado en que se encuentra hoy el mundo os recuerdo que la mayor necesidad que tienen las naciones es ésta, la de la santidad. Necesitamos santos. Santos por encima de todo. Esta es la mayor necesidad del mundo actual.

Sí, toda evangelización necesita santos. Dios bendice con largueza los trabajos de los pregoneros del Evangelio que antes que nada, y seriamente, atienden a su propia santificación. Bien asimilado lo tenía el cardenal Newman, el cual viendo Londres, aquella gran ciudad que, como todas las megápolis, fácilmente se descristianizaba, pedía al Señor en su oración: –Dame, Dios mío, diez santos y cambiaré este ambiente.

La nueva evangelización necesita cristianos laicos que se tomen en serio su santidad. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Cada gran período de renovación de la Iglesia está ligado a importantes testimonios de santidad. Debemos

suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy (Juan Pablo II, Disc. 11.X.85).

El Decálogo de la Nueva Evangelización

1º Caridad

Id y predicad diciendo que el Reino de los cielos se acerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, arrojad los demonios (Mt 10, 7–8).

Preocupación por el bien espiritual y corporal de los hombres.

Existe en el mundo de nuestros días mucha pobreza espiritual, además de la material. Hay una muchedumbre de personas que sufren soledad, desamor, enfermedades físicas y morales, que constituyen una pobreza mayor que la material y es más difícil de solucionar. Ante un ser humano abandonado, despreciado, no basta la ayuda material, se precisa una ayuda afectiva y espiritual. El amor de la Iglesia por los pobres ... pertenece a su constante tradición. Está inspirado en el Evangelio de las bienaventuranzas, en la pobreza de Jesús, y en su atención a los pobres. El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de hacer partícipe al que se halle en necesidad. No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2444).

2º Generosidad.

Lo que gratuitamente recibisteis, dadlo gratuitamente (Mt 10, 8).

¡Sed generosos! ¡No hagáis oídos sordos a la voz de Cristo si os llama a seguirle! (...). La Iglesia necesita apóstoles profundamente enraizados en Dios y conocedores, al mismo tiempo, del corazón del hombre, solidarios de sus alegrías y esperanzas, angustias y tristezas, anunciadores creíbles de propuestas de vida cristiana que sean capaces de dar un alma nueva a la sociedad actual (Juan Pablo II, Hom. 14.VI.93).

Esta no es, pues, la hora de los cobardes, de los perezosos, de los distraídos, sino de los generosos, de los fuertes, de los puros, de los convencidos; de quien cree, espera y ama; de quien está dispuesto a comprometerse y jugarse la vida por la extensión del reino de Cristo, por la llegada de otros tiempos mejores.

3º Desprendimiento.

No llevéis oro, ni plata, ni llevéis dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalia, ni bastón, porque el que trabaja merece su sustento (Mt 10, 9–

10).

Jesús urge a sus discípulos a que salgan sin demora al cumplimiento de su misión. No deben preocuparse porque carezcan de bienes materiales, ni de los medios humanos; lo que falte Dios lo proveerá en la medida de sus necesidades. Esta santa audacia en emprender las obras de Dios se repite una y otra vez en la historia de la Iglesia. Si en la expansión se hubiera esperado a disponer de esos medios, muchas almas no habrían recibido la luz de Cristo. El mismo Señor Nuestro advirtió: Nadie puede servir a dos señores (...). No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mt 6, 24).

4º Constancia.

En cualquier ciudad o aldea en que entréis (...) quedaos allí (Mt 10, 11).

El empeño en construir un mundo donde brille la luz de Cristo, donde se plasmen las bienaventuranzas predicadas por Jesús en la montaña, donde haya más fraternidad y justicia, donde reine la honestidad, la verdad y la paz, debe permanecer aún cuando no se vean sus frutos.

5º Amor a la paz.

Al entrar en una casa dadle vuestro saludo. Si la casa fuera digna, venga vuestra paz sobre ella (Mt 10, 12–13)

El cristiano está llamado a servir a los hermanos y a la sociedad, a promover y apoyar la dignidad de cada ser humano, a respetar, defender y favorecer los derechos de la persona, a ser constructor de una paz duradera y auténtica, basada en la fraternidad, la libertad, la justicia y la verdad (Juan Pablo II, Disc. 19.VIII.89).

6º Prudencia.

Os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mt 10, 16).

La virtud de la prudencia es la regla recta de la acción, dijo Santo Tomás de Aquino, siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Es llamada auriga virtutum: conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1806).

7º Confianza.

No os preocupéis de o qué habéis de hablar; porque en aquel momento os será dado lo que habéis de decir (Mt 10, 19).

La confianza que el apóstol ha de poner en Dios debe ser tan grande que, aunque no posea lo necesario para esta vida, tenga por cierto que de nada ha de carecer (San Gregorio Magno).

En su cuarto viaje apostólico a España, el Papa Juan Pablo II, dijo: El reto es decisivo y no admite dilaciones ni esperas. Ni hay motivos para el desaliento, pues por muchas que sean las sombras que oscurecen el panorama, son más los motivos de esperanza que en él se vislumbran: vuestras propias raíces cristianas, vuestra fe en Jesucristo, vuestra devoción a su divina Madre. De ello habéis de sacar las energías capaces de dar impulso a la nueva evangelización (Hom. 14.VI.93).

8º Fortaleza de ánimo.

No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz, sino la espada (Mt 10, 34).

El Señor no vino a traer una paz terrena y falsa, frágil e insegura, fundada en el miedo y en la desconfianza, ni esa otra que se confunde con la mera tranquilidad que ansia el egoísmo humano, sino la lucha contra las propias pasiones, contra el pecado y todas sus consecuencias. El cristiano debe afrontar esta lucha con fortaleza y optimismo. "Todo lo puedo en Aquél que me conforta". Con Él no hay posibilidad de fracaso, y de esta persuasión nace el santo "complejo de superioridad" para afrontar las tareas con espíritu de vencedores, porque nos concede Dios su fortaleza (Beato Josemaría Escrivá, Forja, n. 337).

9º Sacrificio.

El que ama a su padre o a su madre más que a Mí no es digno de Mí (Mt 10, 37).

Un consejo del Papa: No miréis lo que dejáis; mirad lo que recibís. No os quedéis en la renuncia; mirad el don y contemplad la gracia recibida (Disc. 16.VI.93).

Hablando de sacrificio no hay que olvidar la copla de Juan de la Encina:

Corazón que no quiera

sufrir dolores

pasa la vida entera

libre de amores.

10º Perseverancia.

El que persevere hasta el fin ése será salvo (Mt 10, 22).

Cuando se ha decidido trabajar en la viña del Señor, hay que estar en la viña, quemándose, tostándose al sol, ocupándose en todo para que los frutos sean abundantes. Bien lo entendió Santa Teresa de Jesús: Aunque me canse, aunque no pueda, aunque reviente, aunque me muera.

III. ¿Respetos humanos?... No, gracias

La respuesta del coronel

Henri Philippe Pétain, Mariscal de Francia, fue el artífice de la victoria de Verdún durante la Primera Guerra Mundial. Cuando los ejércitos alemanes inician la ofensiva de Verdún, la defensa le es encomendada a Pétain, que resiste heroicamente en uno de los combates más duros y encarnizados de la historia.

Años más tarde es Ministro de Guerra, y en 1939 embajador de Francia en España. Regresa a Francia para asumir la presidencia provisional de su país cuando los ejércitos de Hitler, tras su fulgurante ofensiva, hundieron el frente francés. Firma el armisticio con los alemanes y obtiene de la Asamblea Nacional de Vichy plenos poderes para gobernar el país. De hecho, es una figura decorativa en manos de los alemanes.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial con la victoria de los aliados, es juzgado por traición, por haber colaborado con el enemigo, y condenado a muerte. El general De Gaulle, jefe de la Resistencia francesa durante la guerra, le conmutó la pena de muerte por la de cadena perpetua, en atención a su edad avanzada.

El anciano mariscal acabó sus días recluido en la isla de Yeu.

Pétain soportó su trágico destino con admirable entereza. No en vano había sido un cristiano ejemplar. De él es la siguiente anécdota:

Cuando Pétain era coronel de un regimiento, en una época de política antirreligiosa por parte del gobierno francés, en una ocasión recibió cierta comunicación de la superioridad en la que se le instaba a facilitar los nombres de aquellos oficiales que, contraviniendo las disposiciones reglamentarias, asistían a misa con uniforme. La respuesta del entonces coronel Pétain no se hizo esperar:

–Mi general –dijo–. Si bien es cierto que algunos oficiales acuden a misa de uniforme, su coronel (él mismo) no puede facilitar los nombres, puesto que él se sitúa siempre en primera fila e ignora la identidad de los que se agrupan a su espalda.

El coronel Pétain se comportó como un buen cristiano, sin miedo a que su conducta fuera mal interpretada. No tuvo respetos humanos en manifestar su personalidad cristiana cuando lo más cómodo y fácil era ocultarla.

El dejarse llevar por los respetos humanos, o el temor al qué dirán, es propio de personas débiles de carácter, sin convicciones profundas ni criterios claros, con una formación bastante superficial.

Los respetos humanos son consecuencia de valorar más la opinión de los demás que el juicio de Dios. A veces, están respaldados por el miedo a poner en peligro un cargo público o el deseo de no distinguirse de los demás.

Hay que vencer los respetos humanos, y actuar en medio del mundo tomando siempre una postura coherente con la fe. Es posible que, en ocasiones, entre compañeros, en el trabajo, no sea lo más cómodo, pero en esas situaciones difíciles no hay que preguntarse qué es lo que será mejor acogido y aceptado por los demás, sino qué es lo mejor, lo que espera el Señor de uno.

¿Vergüenza?

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, según se lee en sus biografías, durante su infancia fue un niño completamente sano, que en nada se diferenciaba del resto de los chiquillos de Barbastro. Alegre, simpático y travieso, jugaba, reía y se enfadaba como los demás niños. Tenía los gustos, las rabietas y las manías de cualquier niño de su edad. Por ejemplo, no le gustaban nada las visitas; y al oírlas llegar, corría a esconderse debajo de la cama. Su madre, doña Dolores Albás, al tiempo que lo sacaba de su escondrijo, le reñía con paciencia y aprovechaba la ocasión para dejarle una enseñanza indeleble en el alma: –Josemaría, la vergüenza, sólo para pecar.

¿Vergüenza para formar una familia numerosa? No te importe la presión del ambiente claramente antinatalista de la sociedad de nuestros días. Los que aceptan generosamente los hijos como regalo maravilloso de Dios y les ayudan a ganarse el cielo, brillarán eternamente como estrellas.

¿Vergüenza para bendecir la comida cuando hay invitados en la mesa o porque estás en un restaurante? Te cito unas palabras del Beato Josemaría Escrivá: Tengamos la valentía de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe (Surco, n. 46).

¿Vergüenza para decirles a unos compañeros entretenidos en ver cierto tipo de revistas que la pornografía los embrutece, y que no son más hombres por dejarse llevar por las más bajas pasiones? Aprovecha, además, la ocasión para aclararles que ante la virtud de la santa pureza la alternativa es: o el hombre controla sus pasiones y obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace un desgraciado. Y cuéntales como San Juan Bosco recomendó a un joven que se había deslizado por los caminos de la impureza, perdiendo la limpieza de su corazón y la belleza sobrenatural de su alma, que tradujese esta frase: *Olim angelus, nunc sus* (Antes eras un ángel; ahora, un cerdo).

¿Vergüenza para asistir a Misa los domingos porque los amigos del barrio te pueden ver entrar en la iglesia? ¡Qué se avergüencen ellos por no cumplir sus obligaciones de cristiano! Fíjate en las declaraciones de una tenista española, campeona del Roland Garros: Soy muy creyente y voy todos los domingos a misa, esté donde esté, aquí (en España) o en el extranjero. Tengo mucha fe en Dios y sé que me ayuda en mi carrera; rezo todas las noches para que Él me ayude y me oriente, y lo hice también antes de la competición para el "Roland Garros". Por ese motivo, cuando justo acabé de ganar, levanté los ojos al cielo para darle las gracias. Dios me ayuda siempre.

¿Vergüenza para hacer una genuflexión al pasar delante del Sagrario? Desgraciadamente muchas personas no saben comportarse en la iglesia, y parecen ignorar que están en un recinto sagrado. Buena ocasión es, pues, para que con tu ejemplo les enseñes con una genuflexión bien hecha a adorar a Jesucristo realmente presente en el Sagrario.

¿Vergüenza para seguir a Cristo y serle fiel, aunque otros no lo sean? Te aconsejo que medites despacio estas palabras de Juan Pablo II: Jesús es nuestro camino. Nos acompaña como hizo con los discípulos de Emaús. Nos muestra el sentido de nuestro caminar. Nos reconduce cuando erramos el camino. Nos levanta cuando caemos. Nos espera al final del camino, cuando llegue el momento del reposo y del gozo. Y luego, sigue a Cristo sin importarte el que dirán.

¿Vergüenza para salir en defensa de la Iglesia? ¿Qué hijo se queda quieto, paralizado, cuando ve que su madre es atacada y ofendida? No olvides nunca que la Iglesia es Madre: Ella nos ha engendrado a la vida nueva, a la vida de la gracia, que nos proporcionará la felicidad eterna.

¿Vergüenza para hablar de Dios? ¡Ay de mí si no evangelizara! (1 Cor 9, 16), exclamó San Pablo. La necesidad más urgente hoy día es la de dar a conocer las innumerables riquezas de Cristo a los hombres de nuestra época. Es preciso que la verdad de Dios, su mensaje de salvación, llegue a todas partes.

¿Vergüenza para confesarte? Mira, el sacramento de la Penitencia borra los pecados, y

es preferible pasar un poco de apuro en el confesonario, donde puedes permanecer en el anonimato, a que al final de los tiempos, en el Juicio Universal, queden bien patentes todos tus pecados y miserias delante de toda la Humanidad. Y además, irte después al infierno.

Asusta el daño que podemos producir, si nos dejamos arrastrar por el miedo o la vergüenza de mostrarnos como cristianos en la vida ordinaria (Surco, n. 36).

En los Santos Evangelios leemos las siguientes palabras de Cristo, que nos tienen que ayudar para vencer los respetos humanos: A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos (Mt 10, 32–34). Porque si alguien se avergonzare de mí y de mis palabras ante esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Mc 8, 38).

Quien se avergüenza de ser discípulo de Cristo, de imitar su ejemplo, de seguir los preceptos del Evangelio, de aceptar sus enseñanzas por temor a desagradar al mundo o a las personas mundanas que le rodean, a éste Cristo no le reconocerá en el día del Juicio Final como discípulo suyo, pues no ha confesado con su vida la fe que recibió en las aguas bautismales. El cristiano, pues, nunca debe avergonzarse del Evangelio, dejándose arrastrar por el ambiente de mundanidad que le rodee; sino influir con decisión por transformar ese ambiente contando para ello además con la gracia de Dios.

Los primeros cristianos no se dejaron vencer por los respetos humanos, y transformaron el antiguo mundo pagano. No olvides que el brazo de Dios no se ha empequeñecido, ni las palabras de San Pablo: Qui autem iúdicat me, Dóminus est! (Quien me juzga es el Señor) (1 Cor 4, 4).

IV. Una historia en tres actos

Acto primero: San Pedro asegura su fidelidad al Señor.

Lugar: En el Cenáculo, momentos antes de salir para el Monte de los Olivos.

Después de la institución de la Eucaristía, Jesús dijo a sus Apóstoles: –Todos vosotros os escandalizaréis esta noche por mi causa, pues escrito está: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño". Entonces Pedro le dijo: –Señor, preparado estoy para ir contigo no sólo a la prisión, sino a la muerte. Aunque todos se escandalicen, yo

nunca me escandalizaré. Jesús le replicó: –En verdad, en verdad te digo que hoy, en esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado conocerme tres veces. Pero él afirmaba con insistencia: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré.

Las palabras del Apóstol, dichas con entusiasmo ardiente, son sencillas y sinceras. Era verdad que estaba dispuesto a defender a su Maestro. Los acontecimientos posteriores lo demuestran. Cuando fueron a prender a Jesús en el Huerto de Getsemaní, Pedro se enfrentó con aquellas gentes armadas con espadas y garrotes para defenderlo y, espada en mano, hirió con un fuerte golpe dirigido a la cabeza a un siervo del sumo pontífice que se atrevió a tocar a su Maestro; el golpe fue esquivado en parte y sólo alcanzó la oreja derecha, cortándosela.

Acto segundo: La escena más triste de la vida de San Pedro.

Lugar: En el atrio de la casa del sumo sacerdote Caifás.

Los que habían prendido a Jesús le llevaron a casa de Caifás, el Sumo Sacerdote, donde se habían reunidos todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas. Pedro, por su parte, le seguía de lejos hasta el atrio de la casa. Una vez allí, se sentó con los sirvientes que estaban calentándose junto a la lumbre esperando ver el desarrollo de los acontecimientos.

Una de las criadas del Sumo Pontífice, fijándose en Pedro, le dijo: –Tú también estabas con Jesús el Galileo. Pero él lo negó delante de todos diciendo: –Ni lo conozco, ni sé de qué me hablas. Y salió fuera, al vestíbulo de la casa, y cantó un gallo.

Pasada como una hora, otro aseguró: Cierto, éste estaba con Jesús el Nazareno, pues también es galileo, su habla lo manifiesta. Pero Pedro, asustado e inquieto, de nuevo lo negó con juramento: –Hombre, no soy de ellos.

Luego, uno de los criados del Sumo Pontífice, pariente de aquél a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: –¿Acaso no te vi yo en el huerto con él? Él comenzó a decir imprecaciones y a jurar: –No conozco a ese hombre del que me hablas. Y, al instante, cantó el gallo por segunda vez. Y Pedro se acordó de las palabras que le había dicho Jesús: Antes de que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres veces. Saliendo fuera, lleno de aturdimiento, después de haberse cruzado con la mirada serena del Señor, lloró amargamente.

Los respetos humanos y el temor llevaron a Pedro a negar tres veces al Maestro, que

permitió su caída para que fuese humilde. Sus negaciones, signo de debilidad, fueron ampliamente compensadas por aquellas lágrimas purificadoras de dolor, señal de su profundo arrepentimiento.

La mirada de Jesús, gesto silencioso y lleno de ternura, a la vez que elocuente, conmovió al Apóstol. Pedro comprendió la gravedad de su pecado y sinceramente se arrepintió.

Acto tercero: La predicación de San Pedro, ya sin ningún tipo de respetos humanos.

Lugar: Diversos sitios de la ciudad de Jerusalén.

Diez días después de la Ascensión del Señor al Cielo, el mismo día que los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés, una de las tres grandes fiestas del Pueblo elegido, en la que muchos israelitas peregrinaban a Jerusalén para adorar a Dios en el Templo, el Espíritu Santo desciende sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, oyéndose como venido del cielo un ruido, semejante al viento que irrumpe impetuosamente.

Al producirse aquel ruido se reunió la multitud de los que estaban en Jerusalén por aquellas fechas. Acudieron allí judíos piadosos venidos de otras naciones, partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y la parte de Libia próxima a Cirene, forasteros romanos, así como judíos y prosélitos, cretenses y árabes. Entonces Pedro, puesto en pie, alzó la voz y les habló de Jesús Nazareno, el Crucificado durante la reciente fiesta de Pascua, como el Mesías prometido por Dios.

Días más tarde, en el pórtico del Templo llamado de Salomón, después de haber obrado un milagro en nombre de Jesucristo Nazareno, Pedro dirigió de nuevo la palabra al pueblo, para hablarle de arrepentimiento y conversión. Y al día siguiente, cuando comparece en compañía de Juan ante el Sanedrín, que les ordenó que de ningún modo hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús, respondieron los dos Apóstoles: –Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios, pues nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído.

Predica y discute sin respetos humanos, con valentía, entre la masa de enemigos, el mismo Pedro que poco antes temblaba ante la palabra de una simple sirvienta. La llegada del Espíritu Santo le ha transformado, y convencido de la Verdad, no puede dejar de dar testimonio de Cristo.

Conclusión: Los respetos humanos se pueden y se deben superar.

V. ¿Catequesis?... Sí, por favor

Anécdotas

¿Clases de Religión?

Ocurrió en una parroquia de la periferia de una gran capital. La mayoría de los feligreses habían llegado al barrio procedentes de un poblado de casas bajas. Ahora vivían en pisos. Y como en todo barrio nuevo, abundaban los niños y jóvenes.

El párroco, poco a poco, fue conociendo a los vecinos y conectando con la juventud. Muy pronto formó un grupo de chavales para que a través de ellos poder llegar a los más alejados de la práctica religiosa. Con el tiempo fueron apareciendo por los locales parroquiales bastantes chicos de los últimos cursos de EGB (Enseñanza General Básica). Casi todos con muy poca formación cristiana. Desde que hicieron la Primera Comunión habían dejado de pisar la iglesia. De las oraciones sólo se acordaban vagamente del Padrenuestro.

El buen cura pensó que había llegado la hora de comenzar con ellos la catequesis. Y tal como lo había pensado, habló con cada uno de los adolescentes animándoles a asistir a las clases catequéticas. La contestación de los jóvenes fue negativa. Ya asistían en el colegio a clase de Religión, argumentaron.

Pero, ¿cómo era posible tanta ignorancia religiosa en aquellos jóvenes si, desde que iban al Colegio, en todos los cursos habían elegido estudiar la asignatura de Religión?

La respuesta vino pronto. Un día, uno de los chavales manifestó su alegría porque el día siguiente era uno de los días en que se explicaba la Religión. El sacerdote le preguntó si le resultaba especialmente amena la clase de Religión para ponerse tan contento. –No. Lo que pasa es que le formamos tanto jaleo a la profesora de Religión que en seguida se pone histérica y se va llorando. Y de esta forma tenemos una hora más de recreo.

En otra ocasión, un alumno de 8º de EGB preguntó al párroco si sabía algo del Budismo. La respuesta fue afirmativa. –Entonces, ayúdeme, pues la próxima semana tengo que entregar en el colegio un trabajo sobre Buda.

–¿Es para la asignatura de Historia o para la de Sociales ese trabajo?, preguntó el párroco.

–No, nos lo ha mandado el profesor de Religión. Estamos viendo todas las religiones

orientales.

Esa era toda la Religión que estudiaba aquel alumno. Le hablaban de Buda, de Confucio..., pero no sabía los Mandamientos de la Ley de Dios, ni las oraciones más comunes, ni qué eran los Sacramentos, ni otros muchos conocimientos de la Religión Católica.

Y en otro colegio del aquel mismo barrio, el profesor había convertido las clases de Religión en debates sobre temas que muy poco tenían que ver con la asignatura. En los debates cada alumno opinaba lo que se ocurriera, y todo era válido. El profesor se limitaba a ser el moderador.

Semejantes clases explican la ignorancia religiosa de aquellos jóvenes, a pesar de haber elegido la asignatura de Religión a la hora de matricularse en el colegio.

Cada vez son más numerosos los niños y jóvenes nacidos y educados en el seno de una familia no practicante, e incluso, algunos de ellos pueden encontrar en el propio hogar y en el ambiente en que se encuentran una oposición para conocer la fe cristiana. A todos ellos es preciso presentarles a Jesucristo como amigo, como guía y como modelo, admirable y sin embargo imitable. Que Él se preocupa de los jóvenes y les muestra el sentido único de la vida. Sólo Él tiene respuesta a los anhelos del corazón humano; sólo Él es la solución de todos problemas de la humanidad; sólo Él es el Camino, la Verdad y la Vida; sólo Él es la verdadera salvación del mundo; sólo Él es la verdadera esperanza de los hombres.

A China, si fuera preciso

El año 1905 fue destinado a Huelva un joven sacerdote, Manuel González García. Según diría años más tarde, era Huelva una ciudad por aquel entonces agria como sus ríos mineralizados, más laica que cristiana, más amarga que dulce. Al final de sus días, siendo ya obispo de Palencia y después de haber ocupado la sede episcopal de Málaga, comentó de su trabajo pastoral en sus diez años en la capital onubense, de la que fue arcipreste: Constituyeron el fin de mis afanes, la ocupación y preocupación de mi ministerio y el más dulce de mis consuelos pastorales.

De su época en aquella ciudad andaluza son las siguientes anécdotas.

Un día, el Beato Manuel González (fue beatificado el 28 de abril de 2001, por el Papa

Juan Pablo II) iba acompañado de un amigo que le había criticado su forma de tratar a los niños. Llegaron a un corralón y acudió enseguida la chiquillería. El arcipreste les mostró una estampa del Sagrado Corazón de Jesús. –¿Quién es Éste?, preguntó. –¡El Corazón de Jesús!, respondieron los chavales. –¿Le queréis?, indagó D. Manuel. – ¡Mucho!, clamaron a coro todos.

Dirigiéndose a su amigo, añadió el joven sacerdote: –Porque estos niños conozcan al Corazón de Jesús y le tiren besos, soy yo capaz de ir a la China, si fuera preciso.

En otra ocasión, estando D. Manuel González (era un gran catequista) en la catequesis parroquial, enseñando el Catecismo a un grupo de gitanillos, preguntó por qué era bueno comulgar con frecuencia. Y un chavalín de pocos años, muy vivaracho, respondió con prontitud: –Porque para quererlo (al Señor), hay que rozarlo.

La educación en la fe debe comenzar desde la infancia. De sus padres y del ambiente familiar debe recibir el niño los primeros rudimentos de la catequesis.

La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis. Además, en los lugares donde una legislación antirreligiosa pretende incluso impedir la educación en la fe, o donde ha cundido la incredulidad o ha penetrado el secularismo hasta el punto de resultar prácticamente imposible una verdadera creencia religiosa, la "iglesia doméstica" es el único ámbito donde los niños y los jóvenes pueden recibir una auténtica catequesis (Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Catechesis tradendae*, n. 69).

Los padres, antes que nadie, están obligados a formar a sus hijos en la fe y en la práctica de la vida cristiana, mediante la palabra y el ejemplo. De sus labios aprenderán las brevísimas oraciones que serán el principio del diálogo cariñoso con Dios que mantendrán a lo largo de su vida.

Nunca se esforzarán bastante los padres cristianos en esta tarea primordial de transmitir la fe a sus hijos. Y es necesario que personas e instituciones (asociaciones, movimientos apostólicos y agrupaciones de fieles, etc.) que, por medio de contactos personales, encuentros o reuniones y toda clase de medios pedagógicos, ayuden a los padres a cumplir su cometido.

La catequesis de niños, jóvenes y adultos está orientada a que la Palabra de Dios se medite en la oración personal, se actualice en la oración litúrgica, y se interiorice en todo tiempo a fin de fructificar en una vida nueva. La catequesis es también el momento en que se puede purificar y educar la piedad popular. La memorización de las oraciones fundamentales ofrece una base indispensable para la vida de oración, pero es importante gustar su sentido (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2688).

Se han emplear en la catequesis los medios, material didáctico e instrumentos de comunicación que mejor aseguren la enseñanza de la doctrina y la práctica de la vida cristiana.

VI. La gran tragedia de la historia

La gran tragedia de la historia es que Jesús no es conocido y por ello no es seguido, son palabras de Juan Pablo II.

Quizá alguien que lea esta expresión del Papa pueda caer en la tentación de considerarla exagerada. Pero no es ninguna exageración. El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio (Vaticano II), casi se ha duplicado (Juan Pablo II, Enc. Redemptoris Missio, n. 3).

No quepa la menor duda: el desconocimiento de Cristo por una inmensa parte de la Humanidad es la mayor tragedia de la historia. Muchos millones de seres humanos no conocen el Evangelio. Y desconocer a Jesucristo es desconocer el misterio de Dios; es desconocer la posibilidad de salvación, el mensaje salvífico que trajo Cristo a la tierra; es desconocer la dimensión trascendente del hombre, su destino eterno, su vocación, la razón más profunda de su existencia, el manantial de su esperanza, de su felicidad. Y uno se pregunta: ¿cabe realmente mayor tragedia para el hombre que no encontrar sentido a su vida?

Los hombres de todos los tiempos se han formulado: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es nuestro origen? ¿Cuál es nuestro fin? Sólo la fe cristiana tiene respuesta a estas preguntas básicas. Las dos cuestiones, la del origen y la del fin, son inseparables. Son decisivas para el sentido y la orientación de nuestra vida y nuestro obrar.

Juan Pablo II ha manifestado en varias ocasiones que su gran preocupación es pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios. Muchas de estas personas conviven junto a nosotros en las Universidades, en las bibliotecas, en las fábricas, en los campos de deporte, en los lugares más comunes de nuestras actividades.

Y ésta es la razón de la invitación del Vicario de Cristo a los jóvenes: Son muchos vuestros coetáneos que no conocen a Cristo, o no lo conocen lo suficiente. Por consiguiente, no podéis permanecer callados o indiferentes. Debéis tener el valor de hablar de Cristo, de dar testimonio de vuestra fe a través de vuestro estilo de vida inspirado en el Evangelio. Cristo confía en vosotros y cuenta con vuestra colaboración. ¡Cristo tiene necesidad de vosotros! ¡Responded a su llamamiento con el valor y el

entusiasmo característico de vuestra edad!

Ante la ignorancia religiosa, el olvido de Dios, la ausencia de valores morales, la difusión de los fenómenos del secularismo y la descristianización, urge una honda labor de catequesis.

Muy pronto se llamó catequesis al conjunto de los esfuerzos realizados en la Iglesia para hacer discípulos, para ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios a fin de que, por la fe, tengan la vida en su nombre, y para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 4). Una catequesis cuya finalidad sea sanar las miserias del espíritu; combatir la ignorancia con la doctrina, la herejía con la verdad; fomentar la vida de piedad, que oriente hacia el amor a Dios, a la Sagrada Eucaristía y a la Santísima Virgen; enseñar a rezar, explicando a quién se reza y por qué se reza.

Una catequesis que exponga íntegramente toda la verdad revelada, porque el que se hace discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la palabra de la fe, no mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral, en todo su rigor y su vigor. Traicionar en algo la integridad del mensaje es vaciar peligrosamente la catequesis misma y comprometer los frutos que de ella tienen derecho a esperar Cristo y la comunidad eclesial (Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Catechesis tradendae*, n. 30).

En la catequesis debe hablarse de la creación del hombre y su pecado; del plan redentor de nuestro Dios y su larga y amorosa preparación y realización; de la Encarnación del Hijo de Dios; de María –la Inmaculada, la Madre de Dios, siempre Virgen, elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial– y su función en el misterio de la salvación; del pecado –misterio de iniquidad– operante en nuestras vidas y de la virtud de Dios que nos libera; de la necesidad de la penitencia y de la ascesis; de los sacramentos y de los gestos litúrgicos; de la presencia real de Cristo en la Eucaristía; de la participación en la vida divina aquí en la tierra y en el más allá; de lo que el lenguaje cristiano tradicional designa como los cuatro novísimos del hombre: muerte, juicio (particular y universal), infierno y cielo.

VII. María, Estrella de la Evangelización

La Iglesia es peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora. Desde el comienzo de su peregrinación por los caminos de la historia se ha visto confortada con la presencia de Santa María en su misión salvífica.

Varias tradiciones eclesiásticas nos hablan de la solicitud maternal de la Virgen por los primeros predicadores del Evangelio, animándoles en sus momentos de decaimiento, frente a los obstáculos y dificultades que encontraban en el trabajo apostólico (Álvaro

del Portillo, Carta Pastoral, 31.V.87, Romana, n. 4, p. 69). A Ella recurrimos ahora, en los inicios del Tercer Milenio, para que, con su amor materno, continúe ayudándonos en la extensión del Reino de Cristo. Ella, que es la Estrella de la Evangelización, nos sostenga en nuestra peregrinación en la fe para llevar al Luz de Cristo a todos los hombres, a todos los pueblos.

Te pedimos, Madre, que consigamos el objetivo de la evangelización, que no es otro que éste: acoger la palabra de Cristo en la fe, seguirla en la vida de cada día, hacer de ella la pauta inspiradora de nuestra conducta individual, familiar, social y pública (Juan Pablo II, Hom. 14.VI.93).

Contamos, Virgen María, con tu poderosa intercesión, que llega misteriosamente incluso hasta no nos atrevemos pedir, para vencer los respetos humanos. No permitas que tengamos miedo ante los poderes de este mundo, ni retrocedamos ante las críticas ni ante las incomprensiones. Que sepamos recordarle constantemente a nuestra sociedad la palabra y las promesas de Dios, ofrecerle sus caminos de salvación, tan necesarios hoy como en cualquier otro momento de la historia.

Madre y Señora Nuestra, haz fuerte nuestro amor a Dios, para que nada nos aparte del camino de la salvación. Queremos ser buenos hijos tuyos. Que sepamos abrir de par en par las puertas de nuestro corazón a Cristo, tu Divino Hijo. Bendice todas nuestras tareas apostólicas para que el mundo descubra la verdad, la bondad y la belleza de la vida que sólo se pueden encontrar en el Evangelio.

María, Estrella de la Evangelización, sé para todos tus hijos la Estrella que los conduzca a Jesús, Luz del mundo.